

Selva, mi temor y mi gloria

Sor María Troncatti, misionera en Ecuador

Armida Magnabosco

1. Presentación

María Troncatti, la joven dedicada que no vacila un instante en lanzarse a realizar su ideal de llegar a los pobres, enfermos y marginados, por más que algunos, en su pueblo, la desanimaran por no tener ningún título para hacerlo.

María Troncatti, la misionera curtida por el sol y la lluvia del Ecuador amazónico, que, desde su forma de ser y hacer, y hablando el lenguaje del amor en acción, logra hacer lugar para que el Reino se vaya extendiendo.

María Troncatti, cuyos 46 años en la selva del Ecuador fueron un continuo y cotidiano sembrar a manos llenas la bondad por la que los corazones se abrían a la gracia.

María Troncatti, piadosa, humilde, sencilla, amable, salesianamente alegre. Una auténtica Hija de María Auxiliadora, firme en su lugar, reconociendo los cambios de los tiempos y de las circunstancias.

María Troncatti, la abuelita llena de sabiduría que perfuma con su sencillez un mundo necesitado más de calor humano que de tecnología.

María Troncatti, quien nos muestra que el lugar más inesperado puede ser el espacio donde Dios, en los pobres, nos espera para nuestra felicidad en plenitud.

2. Introducción

El Ecuador...

Lo saben todos: es el círculo máximo de la tierra, perpendicular al eje, que equidista de los polos y divide el globo terráqueo en dos hemisferios. Su proyección en la esfera celeste recibe el nombre de Ecuador celeste. Pero hay algo más.

Es un estado, cuyo nombre oficial es República del Ecuador, cuyos habitantes viven el 49,1 % en las provincias montañosas de la cordillera; el 48,9 % en las tierras bajas del litoral y el 2% restante, en el Oriente, que comprende casi la mitad del país.

Cuando en estas páginas se nombre la selva, se entiende la selva ecuatoriana, los Andes ecuatorianos, con sus montes altísimos, que van desde los 6.267 metros (el Chimborazo), hasta los 5.230 (el Sangay), por nombre sólo los dos que nos interesan; con sus ríos amazónicos: el Pastaza (643 km. de largo), el Paute (193 km) y el peligroso Upano, por mencionar únicamente los del Morona-Santiago...

Selva, shuar, ríos caudalosos atravesados a nado, chozas de bambú y de paja, animales feroces, niños y pobres desprotegidos, muchos enfermos para atender...

Aquí, precisamente en el Morona-Santiago, se aventuró a vivir María Troncatti y estuvo más de cuarenta años, hasta su trágica muerte.

Porque Sor María Troncatti FMA, llegó a la selva en 1925, y allí estuvo hasta su muerte en Sucúa el 25 de agosto de 1969.

3. Llamada. Enviada.

María Troncatti nació un 16 de febrero de 1883. Y la voz de Dios le llegó con el sonido de las campanas de Corteno, su montañoso pueblecito en el alto valle de Brescia, en Italia. El repique era como el latido del corazón y se estremecía todo su ser.... Aquella voz no la dejaba en paz: hablaba por las ráfagas de viento que azotaban la choza paterna, allá en los Alpes, donde ella cuidaba unas cuantas cabras, la riqueza de la familia.

Las cabras, ya se sabe, son cabras. Un día desaparecieron mientras ella acarrea el agua de la fuente y su padre removía la polenta. Corrió en su busca y se extravió en la espesa niebla, caída de improviso sobre las cumbres. Las cabras encontraron el camino de regreso, pero ella no.

Su padre, con algunos hombres más, recorrió la montaña con linternas durante toda la noche. Al amanecer la encontraron dormida sobre unas matas.

-¿No tuviste miedo?- le preguntaron

- No, Conservaba aún en mi corazón la gracia de la primera comunión que recibí hace tres días. El Señor me cuidó. Cuando me di cuenta que me había perdido, me acurruqué aquí, recé mis oraciones y le dije a mi ángel de la guarda que buscara él las cabras...

A María le encantaban los Alpes. Podía divertirse a sus anchas por los prados con los demás pastorcitos. Se alternaban para cuidar las vacas. En otoño volvían al pueblo, a la actividad parroquial y escolar.

La maestra recibía cada mes el Boletín Salesiano, que servía de complemento al libro de lectura.

María leía y escuchaba relatos de misioneros y misioneras en tierras tan lejanas que sus conocimientos geográficos no lograban localizar. Indios, chozas, religiosas de María Auxiliadora resultaban ya nombres familiares y, en el horizonte, ante su mirada sencilla, acostumbrada a extenderse allende las más apartadas montañas, se perfilaba un ideal.

A los diecisiete años la decisión estaba madura.

María confió su secreto a Catalina, su hermana mayor, después al párroco. Catalina la comprendió. El párroco no la animó, esperó en oración. Después intentó convencer a Santiago, el padre de María. Esto fue bastante difícil.

Basta un hecho para demostrar la ternura de aquel hombre, rudo y fuerte, el amor a su hija y el dolor por la separación. Cuando María, admitida por las Hijas de María Auxiliadora, se despidió de su familia y se encaminó hacia la puerta, un grito la obligó a volverse. Su padre se había desmayado.

Partió igualmente. Pero aquel momento doloroso, el amor a los suyos, a quienes dejaba muy tristes, las reacciones de su sensibilidad y el cambio de formas de vida, dificultaron su inserción en la comunidad de Nizza Monferrato. Muchas veces, a las preguntas que se le dirigían: si estaba contenta, o si se encontraba bien, no sabía responder más que con lágrimas o con monosílabos, por el nudo que se le hacía en la garganta.

Las hermanas se preguntaban si aquella joven podría realmente llevar adelante una vida con Hija de María Auxiliadora.

Ya pensaban en conversar con ella para ver juntas con mayor profundidad sobre la real posibilidad de desarrollar su vocación, cuando ella hizo una novena de oración a Don Bosco para ver más claro, y así pudo confirmar su camino. La salud, no obstante, había sufrido un bache, de modo que pudo hacer su profesión después de muchas dudas de las hermanas que la

acompañaban, que la admitieron, por un año, con la condición de que para continuar su salud debería mejorar.

La enviaron a la casa de Rosignano Monferrato. Estaba contentísima con su servicio de cocinera, y tenía la satisfacción de dar también catequesis a las niñas, que la querían mucho. Pero enfermó de tifus. Parecía que todo se iba a pique.

Por suerte, su maestra de noviciado, que había hecho todo lo posible por ayudar a desarrollar su vocación, y que en aquel entonces era la Inspectora, la envió a Varazze para que se recuperara y, cuando supo que el clima marítimo favorecía su salud, la dejó allí algunos años.

Había sido llamada. Había sido enviada. Pero no sabía que sus pies la iban a llevar tan lejos. No sabía que en un país lejanísimo, una población desconocida la estaba esperando: gentes a las cuales poder anunciarles a Jesús.

“¿Cómo iban a conocerlo si no habían oído hablar de Él? ¿Y cómo lo iban a oír si nadie se lo predicaba? ¿Y cómo (quién) iban a predicar si nadie les enviaba? Pues está escrito: ¡qué hermosos son los pies del mensajero...!” Lo mismo que escribía Pablo a los romanos. (Rom. 10,14-15)

En mayo de 1915, con 32 años, Sor María tomó parte en un curso de enfermeras organizado por el municipio de Varazze. Italia se preparaba para ingresar en la Primera Guerra Mundial, que se había iniciado en 1914. El colegio municipal de Varazze fue transformado en hospital militar. Las enfermeras, recién recibidas, iniciaron su labor.

El 25 de junio de aquel año, un violento temporal descargó sobre la ciudad. Sor María acababa de regresar al colegio y, junto con Sor Clara, también enfermera, comía en el segundo turno. El comedor estaba en la planta baja, del lado del patio. De repente, la tapia de la calle se derrumbó al embate de las aguas del torrente Teiro, que se había desbordado, y con todo el ímpetu el agua del cielo, de la tierra y del cercano mar invadieron el comedor. Las dos hermanas se subieron a la silla, después a la mesa, pero miraban horrorizadas cómo subía el nivel del agua. Sor María hizo allí mismo una promesa: si María Auxiliadora la salvaba de la inundación y a su hermano Santiago de la guerra, iría a las misiones. Y pensaba en los leprosos.

La mesa empezó a moverse y fue arrastrada por el remolino de las aguas hasta el patio, y se hundió. Las dos hermanas se vieron con agua al cuello. Sor María se sintió como arrastrada hacia una persiana y se agarró a ella. Después, sin saber cómo, subió por las varillas, se agarró a la barandilla del primer piso, subió a ella y la saltó. Ayudó a Sor Clara que, por el mismo camino, la siguió. ¡Estaban salvadas! Desgraciadamente, otra hermana había perecido. Y Sor María se acordó de su promesa. Estaba decidida a mantenerla. A toda costa.

Los años de Varazze fueron un tiempo de aprendizaje para el futuro: ejercicio de bondad, de exquisita atención a las hermanas, a las niñas y a los enfermos. Sor Claudina, compañera de comunidad de aquellos días, recuerda un hecho que para nosotros es emblemático. Un día, volvía resfriadísima después del paseo con las alumnas internas. Al entrar en casa se encontró con Sor María, que la mandó a la cama sin admitir razón alguna. Había avisado a quien debía para que la reemplazaran en la asistencia de estudio. Después le prodigó las atenciones recomendadas: una botella de agua caliente en la cama, una taza de leche con ron... Dice Sor Claudina: “Lo mismo que hace una madre, eso hizo conmigo Sor María”. Con todos hacía lo mismo: vivía el programa de su consagración: “caridad aún a costa de deshacerme”.

Fue trasladada a Nizza Monferrato. En marzo de 1922, con 39 años, la encontramos a la cabecera de la cama de una joven –Marina Luzzi- que, afectada de pulmonía doble, luchaba varios días entre la vida y la muerte. Aquella muchacha, estudiante de magisterio, pidió como supremo regalo morir en la casa de la virgen y ser inscrita en la Asociación de las Hijas de María, muy floreciente por aquel entonces.

Entre la moribunda y la enfermera se entabló un diálogo que tiene sabor de profecía:

-Marina, en cuanto veas a la Virgen la saludarás de mi parte, ¿no es verdad?

-Sí, Sor María.

-Dile que me obtenga de Jesús la gracia de ir misionera con los leprosos.

Marina no responde enseguida. Luego, una sonrisa anima su rostro diáfano:

-No, Sor María, usted irá misionera al Ecuador.

-Marina, insistió Sor María, no me he explicado bien. ¡Con los leprosos!

-No... usted irá al Ecuador.

Hacía tres días que estaba enterrada Marina, cuando la Madre General, Sor Catalina Daghero, se encontró con Sor María y le preguntó sin vueltas:

-¿Has hecho la petición para misiones?

-Sí, Madre.

-Está bien. Irás al Ecuador. Pero se necesita el permiso firmado por los padres. Escríbeles una cartita y diles que, antes de partir, irás a casa a despedirte de ellos.

No quedaba duda alguna: el Ecuador la esperaba. Llegó el permiso de los padres rubricado con lágrimas y suspiros, pero también con una gran generosidad cristiana. Con aquella firma aceptaban que la separación física iba a ser más profunda.

Sor María volvió a Corteno, a aquellos aires nativos frescos y acariciadores, a los recuerdos queridos que le sugerían montones de cosas, al abrazo intenso de los suyos después de diecisiete años de ausencia. Sobre aquel regreso, motivado por una despedida sin contornos definidos, descendió como una sombra de oscuridad y de silencio; una mezcla de alegría y de desgarró, más desgarró que alegría, tanto que, al cabo de tres días, Sor María no pudo resistir más y anticipó su regreso a Nizza.

Pero Sor María no volvía sola. Con ella iba su prima Catalina, admitida entre las Hijas de María Auxiliadora. En un barrio próximo a Corteno, un párroco, pariente de los Troncatti, hospedaba durante el verano a una señorita atea, recomendada por el padre de la misma, amigo suyo. Sor María había ido a saludar al buen párroco. Y la señorita, desdeñosa, le volvió la espalda. Pero ella, como si nada, le dijo: "Si no quiere verme a mí, no importa. Pero al Señor, crucificado por nosotros, ¿no querría darle un beso?"

Un intercambio de miradas, un beso al crucifijo que Sor María llevaba al cuello, y, a continuación, la crisis: una noche interminable de incontenible llanto. Aquella señorita, atea hasta entonces, fue no sólo creyente, sino religiosa y misionera...

4. Cruzando los mares.

Con 39 años, María parte. De Nizza Monferrato a Marsella, un largo viaje en tren. Después, el mar. Y después el estrecho de Gibraltar y el Océano Atlántico, con la interminable extensión de sus aguas. Y la nave blanca, que se alejaba cada vez más, cada vez más... ¿Dónde quedaban ya Corteno, Varazze, Nizza, Italia, el Mediterráneo, Europa? El corazón, con su carga de sufrimientos, con sus desgarró y sus nostalgias, peligraba naufragar... La mirada se volvía hacia atrás. La superficie ondulada parecía reflejar la silueta de las personas queridas; el viento parecía traer palabras amigas, dulces o dolorosas. A Sor María se le representaba la despedida de su padre: "Al bendecirte, nos hacemos cuenta tu madre y yo de que será muy difícil que nos volvamos a ver...".

Las misioneras estudiaban español durante el viaje. Era, después de todo, una distracción útil. Pero Sor María se hacía fuerte, sobre todo, con sus avemarías. Toda su vida será un continuo rosario. Y leía, en una de sus libretas, los apuntes de despedida de la Madre Enriqueta Sorbone,

una de las primeras Hijas de María Auxiliadora: “Al partir dejamos la patria y la familia... Jesús va delante de nosotras amortiguando las espinas. Pero quiere que le sigamos con decisión y valentía”. Adelante, pues.

La nave pasó el estrecho de Panamá y entró en el Pacífico, costeando Colombia y el Ecuador, hasta entrar en la amplia ensenada que conducía al puerto de Guayaquil, punto de desembarque. Pero Guayaquil sólo era una escala, Una casita de madera con algunas hermanas y una nube de niñas que cantaban, jugaban y estudiaban. Las recién llegadas pasaron allí la primera Navidad de su vida misionera.

La segunda etapa fue Chunchi, una pequeña ciudad en la cordillera, habitada en su mayor parte por originarios.

Con gran sorpresa suya, Sor María oyó de labios de la Madre Mioletti que ella sería allí la Directora. Pero fue, sobre todo, médico. Preparó en un pequeño local el dispensario y el botiquín. Los originarios se dirigieron rápidamente hacia ella. María estaba siempre disponible, acogedora, sonriente. Curaba los cuerpos y se preocupaba por las almas... “Dadme almas y quedaos con lo demás”, decía Don Bosco al Señor. Aquel lema era la estrella que orientaba a los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora.

Un día, mientras sus hábiles manos cosían la piel de un joven que se había disparado un tiro con un revólver, sus palabras buscaban otras heridas:

- Muchacho, tu alma está mucho más grave que tu cuerpo. ¡Reconciliate con tu vida y con Dios!

A veces, la mandaban llamar desde muy lejos. Entonces, aparejaba el caballo y partía. Así llegó a la cabecera de un moribundo, el cual le confesó:

-Madre María, soy un gran pecador, un asesino. No quiero que me cure. Quiero que me prepare para confesarme, para morir en paz...

Ella hizo cuando pudo para salvarle también la vida y mandó llamar al sacerdote. Celebrados los sacramentos, le seguía pidiendo: “-Madre María, quédese a mi lado hasta el final, porque usted impide que caiga en la desesperación...”

Hacía pocos meses que estaba en Chunchi y ya podía escribir a los suyos: “Cuando entro en las míseras cabañas donde están reunidos los originarios, todos me piden una bendición.... Soy la médica del pueblo. Me llaman a cualquier hora del día y de la noche. ¡Pobre gente! Si vieran cuánto me quieren. Cuando me ven montar a caballo, me dicen: ‘Madrecita, vuelve pronto, nosotros te queremos mucho...’”. Pero llegó el día en que escribió a Corteno diciendo: “Ahora que estoy a punto de ir a la selva entre los aborígenes shuar, los de Chunchi están tristes”.

El obispo misionero, monseñor Domingo Comín, envió este mensaje: “Ha llegado la hora de internarse en la selva. ¡Prepárense!”

Y llegó el suspirado y temido día, el día del gran salto, como decía Monseñor. Salto con todas las energías físicas para un viaje lleno de incógnitas y de dificultades, salto del espíritu, sobre todo, por el desarraigo total del propio ambiente, de las costumbres de la vida llevada hasta el momento.

Componía el grupo, además de Sor María –que tenía ya cerca de 45 años- y sus dos jovencísimas compañeras Sor Dominga Barale y Sor Carola Nieto, la Inspectora Madre Mioletti y la novicia Sor Manuela Cobos. Esta dos regresarían juntas del Oriente Ecuatoriano.

Llegaron a Cuenca, la ciudad base de un viaje que era, todo él, un interrogante. Es una ciudad que se halla situada a dos mil metros de altura, y, en ella, el nombre de Don Bosco y de María Auxiliadora lo llena todo. Ofreció a las viajeras una cordialísima hospitalidad en la casa de “El Corazón de María”.

5. Un sendero en la selva.

El 9 de noviembre de 1925 se dirigió el grupo hacia la selva amazónica. El viaje no era fácil entre el bosque, los bejucos, las ramas entrecruzadas, las hierbas que alcanzaban la altura de un hombre. Las hermanas se colocaron un delantal de tela, un guardapolvo, sombrero de ala ancha y botas altas hasta media pierna. El hábito que hasta ahora llevaban como religiosas no era lo más adecuado para el lugar donde iban a estar.

De los cuatro salesianos que completaban el grupo, quien orientaba el grupo era monseñor Comín, pero el guía indispensable era don Albino Del Curto, el heroico misionero del Morona-Santiago. A trote lento llegaron, en un día, al último poblado de la cordillera y prepararon el siguiente tramo del viaje, contratando porteadores para el equipaje, caballos y guías hasta la primera etapa: El Pan. Llegados allá, descansaron algunos días, después fijaron la ruta hasta Pailas, subiendo a tres mil metros, todavía a caballo, costeano hondos abismos y cimas inaccesibles. Nadie hablaba. El silencio se rompía únicamente por el sonido de pájaros desconocidos y ruidos y rumores indefinibles.

Pailas no era más que una construcción de madera para los obreros que habían trabajado con el padre Albino en abrir el camino por donde ahora avanzaban. Pero las tres dependencias resultaron un tesoro que permitió una noche de descanso a los salesianos, a las hermanas y a los guías.

Sor María no pudo dormir. Era su primera noche en la selva, con sus densas sombras, el silbido del viento y, al amanecer, la lluvia torrencial.

Mientras Monseñor, junto con los misioneros y misioneras, celebraba la misa, los demás miembros del grupo ensillaban los caballos para el regreso. Al frente, nada más que un casi inaccesible sendero, único camino a recorrer por los mensajeros de Dios y unos pocos que los ayudaban.

Partió en cabeza el padre Albino, seguido de doce porteadores con los pesados fardos a la espalda, después los misioneros y, a continuación, las hermanas. Avanzaban en fila india bajo la lluvia, que volvía la tierra fangosa, las piedras resbaladizas, las ramas goteantes. Así durante horas. Después se rompió la fila. Las misioneras se distanciaron. ¡A todas se les habían roto sus botas!

Llegaron a una zona talada, donde algunos colonos habían edificado sus casitas de madera y paja y cultivaban mandioca, banana y ananás. Sor Carlota y Sor Manuela se adelantaron para encender fuego y preparar el café. De pronto, oyeron un grito, unas voces. Sor María se había desmayado.

Sor Carlota corrió con la taza en la mano al lugar donde las demás, hechas un mar de lágrimas, intentaban reanimar a la pobre Sor Troncatti.

-Beba- decía sor Carlota-, beba... Pero lloraba ella también.

Un hondo suspiro y una mirada de extrañeza fueron el indicio de que Sor María recobraba el conocimiento. Tomó el café, miró aquella maraña verde encima de su cabeza, como una tumba, y rompió a llorar sin poderse contener...

Pero había que proseguir, para que la noche no las sorprendiera a la intemperie. Y retomaron el camino hasta llegar, cansadísimas, a un cobertizo construido igualmente por el padre Albino.

Un cobertizo. Nada de puertas y ventanas y, naturalmente, sin camas ni colchones: la tierra desnuda y llana. Sor Dominga, en su desvelo, se animó a decir: “¿No podrían cerrar las ventanas...?” Temblaban todas de frío y de miedo. Imposible reír.

Llegó el alba con el nuevo ¡adelante! Y los pies de plomo. Arrancaron como pudieron. En cierto momento se encontraron solas, y la desolación subió como un río en crecida. La Madre Mioletti se preguntaba: “¿Por qué habré expuesto a estas pobres hermanas a tantos peligros sin conocerlos yo antes? ¿Por qué no vendría yo primero a verlo?” Y se enjugaba a solas una lágrima rebelde. Sor María no hablaba. No tenía fuerza. Pensaba que, después de regresar las dos compañeras, Sor Carlota, Sor Dominga y ella se quedarían como agujas perdidas en un pajar. Y el pajar era aquella peligrosa e insegura marea verde que no terminaba nunca.

Monseñor Comín las esperaba sentado en el tronco de un árbol. “¡Ánimo, hermanas! –les dijo- Para anunciar a Jesús a los shuar no basta rezar; se necesita el sacrificio total de sí mismo...”.

Con hombres de este temple y el ejemplo del padre Del Curto que, en los momentos más difíciles, cantaba las glorias de María Auxiliadora con la intención a reanimar a las hermanas, ¿cómo era posible caer en el desánimo...? ¡Adelante, adelante...!

6. Ha llegado una mujer blanca

En el silencio misterioso de la selva resonó de pronto un disparo de fusil. La caravana se detuvo. Pero no por miedo. Aquel disparo era señal de vida humana.

Alguien les había avistado y daba la señal. En efecto, poco después apareció el padre Corbellini acompañado por algunos shuar, a quienes las misioneras veían por primera vez. Vestían con un simple faldellín que se subían a la cabeza al atravesar el río Paute. Las hermanas disponían de canoa.

Y, finalmente, llegaron a Méndez, el centro del vicariato confiado a los cuidados apostólicos de monseñor Comín. Encontraron la misión rodeada de unos ochenta shuar, armados con flechas, lanzas y cuchillos. El padre Corbellini explicó que, en un enfrentamiento entre dos grupos de shuar, había sido herida la hija del jefe de este grupo y, como el brujo no había podido curarla, la habían llevado a la misión. Pero don Corbellini podía menos que el brujo. Habría hecho falta un cirujano para extraer la bala que había traspasado, rozando, el brazo derecho de la joven y se le había incrustado en el pecho. Las palabras del jefe fueron amenazadoras: si no le curaban a su hija no sólo no permitiría pasar a los misioneros que iban a Macas, sino que todos serían muertos...

Todos, con ojos suplicantes, miraban a Sor María. Y Monseñor Comín, después de reflexionar un momento, habló:

-Opérela, Sor María. Nosotros rezaremos.

-Pero, no soy ningún médico – respondió ella-, y además, ¿con qué le voy a operar?

-Tengo tintura de yodo- dijo el padre Corbellini.

-Nosotros vamos a la iglesia a rezar a María Auxiliadora- dio por descontado la madre Mioletti. Y se encaminó hacia la capilla seguida por los demás.

Era evidente que el éxito de la operación dependía más de la oración que de los medios humanos. Se necesitaba el máximo de fe y de valor.

Sor María examinó a la niña, que estaba extendida sobre la única mesa que había en la misión. La bala, recibida hacía cuatro días, había provocado una infección. La fiebre era alta. Sor María mandó hervir agua, esterilizó la navaja que llevaba en el bolsillo, lavó el absceso, lo untó con tintura de yodo, palpó la hinchazón para buscar el punto central, e invocando a María Auxilio de los Cristianos dio el corte con decisión.

La bala saltó fuera como empujada por una fuerza interior y fue a caer al suelo, de donde la recogieron los shuar exultantes de alegría.

Al tercer día de la operación, la niña podía regresar con todos los suyos a su lejano poblado. Toda la selva se enteró inmediatamente, a través del sonido de los tambores, que decían a cada paso, cadenciosamente: “Ha llegado una mujer blanca, más bruja que todos los brujos. Paso libre a ella y a todos los que la acompañan”.

Macas se hallaba a cuatro jornadas de camino. Después de diez días, tiempo en el que las misioneras ordenaron la misión, lavando y cosiendo, partieron. A las dificultades del camino, había que añadir el cruce de los ríos, sin puentes ni canoas. Donde era posible, los acompañantes, llegados de Macas, improvisaban puentecillos con bejucos y cañas de bambú, para que pasaran aquellas mujeres-religiosas que venían de tan lejos expresamente para ellos...

Cada día, al anochecer, recibían hospitalidad en un poblado o en casa de algún colono. De este modo, las misioneras, un poco reanimadas, se encontraron en el último tramo de camino, que para muchos fue un via crucis.

Estaban todos más intrépidos. Costeaban ya el Upano. Acudían los primeros maquenses a darles la bienvenida. Delante de la casa del alcalde, la primera a la entrada de Macas, tuvo lugar el recibimiento oficial, que fue cordialísimo. A Sor Troncatti aún le costaba esfuerzo sonreír...

Subieron en procesión a la colina, donde surgía la misión con la casita para las hermanas recién construida. Junto a ella, dos dependencias de aspecto antiguo, construidas por los dominicos en tiempos pasados, constituían la habitación de los salesianos, la iglesia y la escuela.

La obra había encontrado el terreno preparado por pioneros que se ganaron el afecto de los colonos y de los nativos. Sor María inclinó la cabeza en un sí que, de momento, era como el de Getsemaní. “Sí, Padre, hágase tu voluntad, y no la mía”.

7. Macas.

La procesión de los maquenses fue un ofertorio. Al día siguiente, las misioneras hicieron el inventario de los regalos recibidos. Sor María dictaba y Sor Dominga escribía: dieciséis gallinas, veinte botellas de miel de caña de azúcar, un centenar de huevos, racimos de bananas, mandioca. ¡Cuánto bien de Dios! Los frutos espirituales llegarían después, aunque costaron un poco más...

Después del golpe increíblemente duro de la despedida de Monseñor Comín y de las dos Hermanas, se enjugaron las lágrimas y se organizaron el trabajo que había que hacer. Sor María no tuvo que esperar mucho. La vida en un estado natural puede fortificar el cuerpo, pero a la vez oculta otras realidades, que reciben el nombre de enfermedades mortales por falta de higiene, desnutrición, y también, como en todo grupo humano, desorden, violencias, luchas, venganzas.

El dispensario no estaba instalado aún y ya llegaban los colonos y colonas con las más variadas enfermedades, agravadas por la falta de cuidados.

Sor Carlota y Sor Dominga se hicieron cargo en seguida de la escuela para los hijos de los colonos, ya en funcionamiento por obra de una joven maestra –Mercedes Navarrete-, descendiente de una familia que había gobernado Macas y otros lugares no distantes. Aquella joven, rica y hermosa, que tenía por delante la perspectiva de una vida de familia, un buen día cambió sus vestidos de seda y encaje por un traje y trenzó sus largos cabellos. Muchos se preguntaban el porqué.

Era una decisión extraña. Posiblemente su secreto no era muy distinto del que había conducido a las tres jóvenes misioneras a adentrarse en la selva... Mercedes cedió la escuela a las Hermanas y se puso a su disposición para ayudarlas en lo que fuera: cortar leña, cocinar... En seguida se ganó el aprecio de Sor María, llegando a ser una preciosa colaboradora suya.

Las jóvenes de Macas acudían las tardes libres –después del trabajo en las chacras o plantaciones- a aprender a coser, y de este modo Sor Carlota tuvo que constituirse de improviso maestra de corte y confección, ayudada por sus dos compañeras.

Pronto vinieron los shuar a que los curara Sor María. Eran tímidos, y estaban constantemente al acecho. Después, en los casos graves, comenzó a ir ella a sus poblados. También esta noticia se propagó por la selva con el tuntui o tambor. Venían a llamarla a cualquiera hora. Ella respondía invariablemente: “sí, enseguida”. Tomaba su maletín y los seguía, acompañada generalmente por alguna mujer de Macas, conocedora de los caminos (si se pueden llamar así)

En resumidas cuentas, los shuar admitían a la mujer blanca como médico. Pero, en lo demás, parecían impenetrables.

Dijo un día Sor María: “los shuar nos quieren, pero tienen miedo”. Sor Carlota, más informada, respondió: “Sucede, por desgracia, que algunas jóvenes shuar son llevadas por la fuerza a Guayaquil, o a Quito, y las venden”.

“¿Qué hacer, para ganar su confianza?”, preguntó Sor María. El padre Duroni concluyó que “la obra a la que debemos dedicarnos con absoluta prioridad es la de los pequeños. Aquí debemos concentrar todas nuestras energías”.

Las tres hermanas intensificaron sus oraciones. Y he aquí que, a los pocos días de aquella conversación, llega a la colina una simpática shuar, entre los diez y los doce años. Se acercó sonriente a las hermanas, hablando sin parar... pero no la entendían.

Llamaron a Mercedes Navarrete, la cual trabajo:

-Soy Yampauch. Vi pasar a las Madres cuando vinieron a Macas. Las vi escondida entre los árboles. Me gustaron mucho. Quiero quedarme para siempre con ellas.

-¿Cómo has llegado hasta aquí?, le preguntó Mercedes.

-Me he escapado. Mi padre ha muerto. Mi madre se ha ahorcado. Cuando la vi, corté la cuerda, avisé a la gente y me escapé. Tenía mucho miedo. He caminado un día entero sin parar.

Hechas las debidas averiguaciones, Yampauch fue la primera shuar interna. Mercedes le enseñó el catecismo en lengua shuar y el español.

Yampauch era feliz. Expresaba su alegría y su entusiasmo a las niñas que venían a curarse a la misión, o a acompañar a sus padres. Así, un día, otra niña, Ewek, que se quedó admirada mirando a Yampauch, no quiso volver más a su casa. Sor María, con mucho tacto, convenció a su padre para que la dejara unos días. Le prometió que no la vendería, que podía ir a verla siempre que quisiera... El hombre se alejó con los ojos llenos de lágrimas, pero contento.

El misionero comenzó a construir un galpón para el internado femenino. Y no sólo para las niñas shuar.

Llegó a la misión una colona con su nidada de hijas. Tenía un ojo hinchado y suplicaba en tono lastimero: “Por amor de Dios, admítanos por esta noche. Mi marido está borracho. Nos maltrata.”

Le hicieron un huequecito y dieron de comer a los niños. A media noche llegó el marido tambaleándose. Se plantó debajo de la ventana y comenzó a cantar: “Madrecita, madrecita, quiero a mi palomita”. A lo que Sor María, asomándose, respondió: “¿Ah, sí? ¿Tengo que darte a tu palomita para que la mates? Vete. Mañana hablaremos”. Después, la mujer volvió a su casa junto

a su marido, luego de que éste hubiese hablado con Sor María. Pero dejó en la misión al más pequeño de los hijos.

El misionero y sus ayudantes vaciaban troncos para hacer canoas y clavaban tablas para hacer cunas. Una colona había encontrado al volver de la chacra a un recién nacido en la floresta, abandonado sobre un montoncito de hojas narcotizantes y humeantes, señal de que la madre quería que muriera. Y una shuar llevó a su propio hijo, porque no podía tenerlo.

Por entonces llegó el padre Albino a sustituir al padre Duroni, que había enfermado de gravedad. Sor María le hizo esta angustiosa pregunta:

-Padre, ¿cómo es posible que una madre pueda renegar de su propio hijo, matarlo?

-La vida en la selva es dura. Si un niño nace deforme, se considera un acto de piedad eliminarlo, ya que adulto no puede bastarse a sí mismo. En este caso se le prepara un nido en la floresta. Si nace, en cambio, un hijo no reconocido, de mujer infiel o de joven sin marido, el padre, o el hombre traicionado, lleva al niño a la orilla del río, lo toma por ambas piernas, lo estrella contra las rocas y lo arroja al río. Esto, porque para subsistir hay que ser reconocido como parte de una familia, de un clan, y los niños nacidos así no lo serán nunca.

Sor María comenzó a pedir a los shuar que le llevaran a la misión los hijos que no quisieran criar: declaró que estaba dispuesta a hacer lo que fuera por salvar tanto a la madre como al hijo en caso de nacimiento no querido. "Es un pecado horrendo matar".

Se presentó muy pronto una ocasión muy dolorosa. Una joven shuar, que trabajaba en casa de un colono, estaba a punto de ser madre de un niño, hijo no querido por el colono. Hablaron con Sor María, quien aconsejó que se mantuviera oculta a la joven, pues de lo contrario su familia lo mataría. Ella se haría cargo de la criatura en cuanto naciera. Y así fue. Una mujer de Macas se ofreció a amamantar al recién nacido junto con su hija. Parecía un milagro. Una mujer blanca consentía en amamantar a un niño shuar... Eran las enseñanzas de Sor Troncatti, que de sus largas oraciones matutinas recibía luz sobre el valor de la vida.

Una vez criado, el pequeño Domingo tuvo una cuna junto al lecho de Sor María. A los seis años cumplidos pasó al internado masculino, estudió y fue un hombre honrado y respetado.

Al finalizar su primer año misionero, las hermanas contaban con ocho shuar internas, sin nombrar las cunas. Eran felices. La buena semilla se multiplicaría pronto. Pero no todo era tan fácil...

Una noche, una shuar de doce años se escapó llevando consigo a una compañera. En cuanto las hermanas se apercibieron de lo ocurrido, no se dieron paz ni sosiego. Se armaron de linternas y fueron a buscarlas durante horas y horas en la oscuridad de la noche. Las encontraron acurrucadas en una choza deshabitada. Las condujeron a la misión sin regañarlas. Estaban, además, muy asustadas.

Mucho más numerosas eran los jóvenes que huían de los poblados a la misión, especialmente cuando se veían obligadas a casarse con un hombre a quien no amaban y que las maltrataba. Es que, para una mayor cohesión y posibilidad de vida, en el propio grupo aborigen se armaban los matrimonios, dado que, para subsistir en la selva, la unidad del grupo era más necesaria que las solicitudes personales

Un buen día regresó a Macas Monseñor Comín, junto con la Madre Mioletti, el padre Duroni –ya restablecido- y los acompañantes. Monseñor se quedó boquiabierto por lo que veía realizado y por lo que se perfilaba para un futuro lleno de esperanza. Felicitó a las hermanas, pero Sor María le hizo saber que en el botiquín faltaban muchas cosas, puesto que tenía que hacer también de cirujano. El Obispo le aconsejó que fuera a Guayaquil a hacer las provisiones necesarias. Él vería luego cómo pagar. Que fuera enseguida, mientras la Madre Mioletti permanecía en la misión sustituyéndola en la medida de lo posible.

Con una de las chicas y dos acompañantes Sor María se puso en camino, siguiendo una ruta distinta de hacía un año. Tomó el camino de Zuña hasta Riobamba, a caballo. De allí viajó en tren –le parecía un sueño-, hasta Guayaquil.

Su fama de médico de la selva la había precedido. Fue recibida con todos los honores, y no sólo por parte de las hermanas. Se proveyó de las medicinas necesarias, incluidos los anestésicos, bisturíes, vendas y algodón hidrófilo, pinzas, también de dentista, e instrumentos varios. Pidió al director del hospital –y lo obtuvo- que le permitiera asistir a alguna operación. Tenía que actualizar sus métodos. El cirujano le hizo varias preguntas acerca de las enfermedades de la selva. Ella le informó, basándose en la experiencia adquirida. Le habló de las curas que consideraba más eficaces y de cuanto había aprendido de los brujos, por ejemplo, cómo curar las picaduras de serpiente cuando se carece de contravenenos. Observó, al final, que casi todo el equipo médico la rodeaba y escuchaba. Y todos se declararon dispuestos a ayudarla siempre que tuviera necesidad.

El mes transcurrido en la gran ciudad portuaria le recordó lo que había dejado hace un año. Pero la selva la esperaba. Antes no conocía aquello. Ahora temblaba. No obstante, su vida estaba allí. Allí estaba su gente, la viña que cultivar, el surco que abrir... Partió con otra hermana más para Macas. Primero en tren, después a caballo y, finalmente, la espesura de la selva. Tuvieron un incidente en el camino. El caballo, encabritado, la despidió de la silla y la arrojó a un pantano. Se detuvieron en una pequeña aldea. Su compañera hizo hervir agua y le lavó la ropa, pero ella notó que tenía un hombro roto.

Hicieron el resto del camino a pie. Llegaron a la misión desfiguradas. Las hermanas estaban preocupadísimas, y Madre María (entonces ya la llamaban todos así), les decía, esforzándose por sonreír: “¡No es nada, diantre, no es nada!”.

Tardó meses en poderse vestir sola. Sor Carlota le daba masajes en el hombro, en el que tenía mucho dolor... Sólo Alguien, por encima de las estrellas, le daba fuerza para continuar en aquella vida de pioneros, dispuestos a todo.

8. Al otro lado del Upano.

La mirada de los misioneros se extendía también hacia el otro lado del río Upano, donde en la espesísima selva habitaban grupos de shuar. Sí, la Madre María iba, cuando la llamaban, pero cuando la guiaban, alteraban lo más que podían el camino. No se fiaban, quizás, ni siquiera de ella. Durante mucho tiempo habían sido engañados por los blancos, por los conquistadores... Los misioneros no eran conquistadores, es verdad, pero ¿quién podía asegurar que fueran sinceros, que sería siempre así? La desconfianza desapareció cuando llegó a la misión el salesiano Ángel Ruby. En Cuenca se había preparado para su misión estudiando minuciosamente la lengua shuar, las costumbres shuar. Más aún, había escrito, línea por línea, un pequeño catecismo shuar.

El primer saludo, no en español, sino en shuar, los entusiasmó, y transmitieron de un poblado a otro la gran novedad: “Ha llegado a nosotros un blanco que nos quiere de verdad. Se llama Ángel Ruby. Ha dicho que vendrá pronto a visitarnos a nuestros poblados. Paso libre para él”.

Ángel, o don Ángel, comenzó a ocuparse de los niños de la misión y, con ellos, se ejercitaba en largas marchas, explorando la floresta. De vez en cuando se quedaba encantado mirando la selva desde lo alto de la colina, al otro lado del río.

Un día, en compañía del padre Chinassi, atravesó el Upano. Se internó en la selva. Estuvieron allí una decena de días. Cuando regresaron, no tenían palabras para expresar su entusiasmo: “Hemos visitado cinco poblados; hemos bautizado a tres mujeres shuar gravemente enfermas; hemos hablado de Dios a hombres que nos escuchaban llenos de felicidad. La orilla izquierda del Upano nos ofrece un espléndido y grandioso campo de trabajo”.

Ruby, con su juvenil entusiasmo, decía: “He dejado medallas de María Auxiliadora en el punto donde una fresca fuente nos permitiría vivir”. Y añadía: “Todos nos esperan”.

Pasado un tiempo, llegó a la misión don Venancio Aguayo, el único colono que vivía a la otra parte del Upano.

-Padre Director, dijo el misionero, la primera basílica a la otra orilla del gran río está terminada. -¿Qué...? El Director miraba a Ángel Ruby, que sonreía guiñando el ojo.

La primera basílica era un cobertizo, que los shuar, guiados por Don Venancio, habían construido para que los misioneros y las hermanas fueran allí. Aquel cobertizo era una invitación concreta, a la que no se podía resistir.

Fue un día de gran fiesta –y de incalculable trascendencia- aquel en que un pequeño grupo, de la que formaban parte también dos hermanas, atravesó el río –de un kilómetro de ancho- y fue recibida con expresiones de alegría por los shuar que esperaban a la orilla.

En el palo central de la basílica colgaron un cuadro de María Auxiliadora, y Ángel Ruby dio su primer tema de catecismo en lengua shuar, frente a la inmensa floresta. Sor María visitó a los enfermos, que no faltaban nunca. Al anochecer, en medio de clamorosas despedidas, cruzaron de nuevo el Upano, con gran dificultad. Las aguas corrían turbulentas. Hubo quien pensó en las iras de alguien a quien aquella visita no le satisfacía. Para los shuar Iwianch, o el diablo, era una realidad que influía de forma terriblemente concreta sobre la vida. Los misioneros sabían que tenían que luchar contra esta situación. El brujo, que decía comunicarse directamente con el espíritu del mal, buscaba por todos los medios impedir el bautismo de los shuar.

Una joven shuar –Mamai-, gravemente enferma de tisis, fue internada en el hospitalito de la misión, en Macas. Sor María la había preparado para el bautismo, pero Iwianch no quería saber nada de eso... El día de Pentecostés, de madrugada, mientras todos estaban en misa, tres shuar entraron a escondidas en el hospitalito, tomaron a Mamai y se fueron, internándose en la selva. Cuando Sor María se dio cuenta de lo sucedido, tomó el maletín y echó a correr hacia el poblado de donde había venido Mamai. Los tres no podrían andar muy rápido con la moribunda a cuestas.

Cuando Sor María los avistó, empezó a gritar: -Muchachos, espérenme, que llevo las medicinas.

Se detuvieron. Descargaron a Mamai, medio desvanecida, sobre la hierba. Sor María se arrodilló junto a ella y acercó a su nariz un algodón impregnado de alcohol alcanforado. La joven abrió los ojos y dijo suspirando: “Madre María, bautízame”.

Sor María llevaba siempre en el bolsillo una botellita con agua natural. La sacó, vertió unas gotas en la frente de la moribunda y pronunció la fórmula: “Mamai María-Espíritu, yo te bautizo...”.

No fue éste el único caso de oposición a la tarea de los misioneros. Los colonos se habían establecido en la zona para cultivar y obtener recursos, no pocas veces en detrimento de los shuar... Cuando llegaron los misioneros, pensaban que “evangelizarlos” los haría más dóciles y más fácilmente dominables...

Pero el Evangelio es el mensaje de la salvación total del hombre. Implica la instrucción, la toma de conciencia de la igualdad de los hombres ante Dios; implica el respeto a la vida humana con su dignidad original y su destino de liberación... Por consiguiente, al evangelizar, los misioneros obstaculizaban los intentos de algunos colonos de la selva ecuatoriana de expoliar a los aborígenes. Y de ahí que fue apareciendo alguna que otra lucha solapada o abierta.

Para desprestigiar a los misioneros, se comenzaron a correr mentiras sobre ellos, con la que se intentó engañar a los shuar.

Cada sábado y domingo el padre Ángel Ruby (recién ordenado sacerdote) atravesaba el Upano con dos misioneras –y a veces también con el padre Director-, catequizando, confesando, prestando ayuda en cualquier necesidad. Es conmovedor leer en las memorias de entonces: “los shuar, unos ochentas, están atentísimos al catecismo que les explica el padre Ángel, mientras la Directora (Sor María) se ocupa de los enfermos y Sor Dominga entretiene con juegos a los niños”.

Sucedió que un domingo la asistencia de los shuar fue mínima. ¿Qué pasaba? Los presentes revelaron que alguien de Macas había corrido la voz de que los misioneros los estaban traicionando, que venderían sus hijos y se los llevarían muy lejos, al otro lado del mar.

Sor María dijo a los consternados misioneros: “De esto me encargo yo”. Fue de casa en casa a Macas, con angustiosas palabras y con lágrimas. No pudieron resistirle, y pidieron disculpas. El espíritu de venganza es una ley para los shuar. Prueba de ello es la tzanza, o sea, la cabeza del enemigo asesinado reducida a la dimensión de un puño y colgada del palo central de la cabaña del vencedor.

Un día apareció muerto un colono en su plantación. El shuar de quien se sospechaba había desaparecido. Encendidos de odio y de venganza, los blancos se armaron, corrieron al poblado y se llevaron prisioneros a Macas a dieciséis personas, entre las cuales había mujeres y niños. Los amenazaban con lincharlos. Fueron horas terribles. Pero a aquellas dieciséis personas se unió Sor María, mientras el misionero trataba con el jefe político, y toda la misión, postrada delante del Santísimo en la humilde iglesia, oraba incesantemente.

La ira cedió a la razón. La matanza fue evitada.

9. Construyendo comunidad

Un problema urgente para la promoción humana y cristiana de los shuar era el de matrimonio. Resolverlo era sumamente difícil.

Como hemos visto, shuar jovencísimas huían aterrorizadas para librarse de los maltratos de un marido dominador, a quien no habían elegido ni tampoco amaban. Como ya dijimos, para la subsistencia en la selva es más fundamental la fuerza del grupo que las pretensiones individuales. En este sentido, la fuerza del clan era la que marcaba las uniones que se daban. La ley de los shuar establecía que el yerno debía mantener a la suegra. Era ésta, por consiguiente, la que elegía el esposo en base a la garantía de apoyo que podía ofrecerle.

El irse transformando de cazadores nómades en agricultores y trabajadores establecidos en un lugar hizo que ya dejara de tenerse tanta necesidad de la fuerza del grupo para la subsistencia, y que poco a poco pudieran crearse formas diferentes de vida. Esto hizo que los anhelos personales poco a poco tuvieran mayor preeminencia. Es así que comenzaron a surgir matrimonios cristianos nacidos del amor y estables en la fidelidad y en la responsabilidad de la educación de los hijos. El misionero, por su parte, y las hermanas con las jóvenes, prepararon el terreno.

Un buen día, el tuntui anunció, de un poblado a otro, esta novedad: dos jóvenes shuar bautizados celebraban su boda. La crónica salesiana señaló el acontecimiento con no menor entusiasmo: “Se bendice hoy el primer matrimonio cristiano entre dos shuar: Carlos Pujabat y María Unukuich”. Después les tocó el turno a Tsetsem y a Dionisio.

Uno de los obstáculos para la conversión y formación de nuevas familias cristianas era la costumbre de la poligamia. Y ésta es la historia de Yakum, un jefe shuar que había sido curado por Sor María.

Yakum tenía todas las intenciones de hacerse cristiano, pero tenía tres mujeres. Gran amigo de la misión, había mandado al internado al primero de sus hijos y a la mayor de sus hijas. Con una de sus tres mujeres acudió el padre Ángel Ruby para que bautizase al último de sus hijos. Y suspiraba, porque no le era posible despedir a las otras dos sin enemistarse con mucha gente... Después del bautizo del pequeño, Sor María le preguntó:

-¿Está contento, Yakum?

-Sí, Madre María.

-¿Por qué lloras, entonces?

-Yo estoy lejos de Dios.

-No, Yakum. Dios siempre te querrá.

Pasó el tiempo. Una noche fueron a llamar a Sor María, porque Yakum se estaba muriendo. Acudió en compañía del padre Ruby y de dos guías, más el hijo y la hija de Yakum.

Sí, el jefe shuar estaba en las últimas y pedía el bautismo. De tiempo inmemorial entre los shuar, cuando un padre moría dejaba en herencia a su hijo la ley de la venganza. Pero él, ahora, no podía, no quería enseñar esto. Jesús hablaba de perdón

En el rostro del moribundo podía leerse, como en un libro abierto, la esforzada lucha final... Sor María le puso una inyección, le habló como a un hijo, y le dejó en manos del padre Ruby, quien le bautizó. Sor María fue la madrina. Le prometió encargarse personalmente de su familia. Poco después, Yakum voló al encuentro con Dios.

Además de Macas y de la misión del otro lado del Upano, llamada Sevilla Don Bosco, comenzó a funcionar, por lo menos a temporadas, la base misionera de Sucúa con la obra del padre Sthal y de Sor María. Después surgió una escuelita, que tuvo por maestra a Mercedes Navarrete, nuestra ya conocida laica misionera.

Para ir a Sucúa había que atravesar el río Blanco. Sor María peregrinaba de un extremo a otro de la selva, en el triángulo de las tres estaciones, e incluso más allá, cuando, por ejemplo, había que ir a Méndez. Arriesgaba la vida continuamente, pero el miedo había desaparecido, vencido por un gran amor. Ahora también ella, como Sor Carlota, respiraba con gusto "el perfume de la selva".

Ocurrió que, apenas regresó de Sucúa, la mandó llamar una shuar gravemente enferma. Tomó el maletín y el bastón y se puso en camino acompañada por un joven shuar, Juan Nankitai. Caminaron horas y horas. Tuvieron que atravesar un río que, de momento, no ofrecía dificultad. Visitada y atendida la enferma, tomaron el camino de regreso, pero el río había crecido tanto, por las habituales e imprevistas lluvias de los montes, que a duras penas Juan encontró el vado por donde poder cruzarlo.

Hecha la señal de la cruz, entraron en el agua. Sor María le daba la mano al joven, que, tanteando el fondo con el bastón, avanzaba lentamente. De pronto, Sor María resbaló, se le fue el bastón y cayó. La corriente era muy fuerte. Juan le gritó: "Agárrese a mi cintura, abrácese a mí". Así lo hizo, repitiendo sin cesar sus avemarías. Luchando con todas sus fuerzas, con el agua hasta el pecho, Juan consiguió alcanzar la orilla opuesta. Después se dejó caer en el suelo sollozando.

-Hijo, -le decía Sor María-, ¿por qué lloras? ¡Estamos salvados!

-¡Ah, Madre María! ¡Qué miedo tenía de perderte...! Si tú morías, ¿qué hubiera sido de nosotros...?

Pero el esfuerzo le provocó a Juan Nankitai una tisis que lo llevó a la tumba. Murió diciendo: "estoy contento porque voy al cielo. Me considero dichoso, porque he podido salvar a nuestra Madre: su vida vale mucho más que la mía". Sor María lloraba a lágrima viva.

Que fuera tenida como madre era ya un hecho, y no sólo por los shuar y por los colonos. También los salesianos y las hermanas sabían que se podía acudir siempre a ella para lo que fuera, lo mismo que se hace con la propia madre, que, si es severa (y alguna vez Sor Troncatti lo era), lo es para bien.

Sucedió en otra ocasión que, mientras ella se dirigía a un lejano poblado acompañada por un muchacho shuar, desfallecida de hambre y de cansancio, se desmayó. Al recobrar los sentidos se encontró con la cabeza recostada sobre las rodillas del shuar, que estaba hecho un mar de lágrimas. Ella hizo un esfuerzo por sonreír, y entonces el joven exclamó: “¡Ah, qué dicha tan grande! ¡Estás viva, Madre María, estás viva...!” Y reemprendieron el camino.

Parece increíble que una pobre mujer, en un contexto tan difícil, haya tenido la fuerza de afrontar trabajos tan ímprobos y peligrosos sin cuento, sin sucumbir o desertar. En cambio, renunció a volver a la patria, a contemplar su cielo, a abrazar a los suyos...

El secreto es bien legible. Está en la fe alimentada por la oración. ¡Y no sin sufrimiento...! En aquella inmensa soledad, el corazón sentía fuertemente la nostalgia. Escribía a Corteno: “¡Qué ganas tengo de abrazar a mi querida madre y decirle muchas cosas! Siempre que pienso en ella, lloro de pensar que está tan lejos... A los pies del Señor me consuelo. Una mirada a mi crucifijo me da vida y alas para trabajar”.

Su generosa madre, desde lejos, continuaba alimentando la llama sostenida por los grandes valores que le había transmitido de pequeña. Le escribía: “María, di siempre fiat, fiat y siempre fiat (sí, sí, sí)”.

El diálogo, a distancia de varios meses y con las palabras de la época, continuaba así: “Sí, mi buena madre, con estas palabras en los labios puedo afrontarlo todo en esta difícil misión. Mi anhelo y mi afán es ganar almas para Dios”.

Otro secreto vital sostenía a las misioneras día a día: el amor que las unía unas a otras; la participación plena en los trabajos, en los dolores y en las alegrías; la maternidad de Sor María, plenamente ejercitada especialmente con las más jóvenes. También los salesianos experimentaban los cuidados y la fuerza de aquella maternidad. Caían enfermos con bastante frecuencia, porque se lanzaban al trabajo sin medida y sin reserva. Ella les curaba, les sobrealimentaba, privándose hasta de su escasa ración. Les sostenía también moralmente, en especial a los más jóvenes, intuyendo posibles crisis, cansancios, turbaciones.

Uno de los misioneros de entonces –el padre Vigna- nos ha dejado un retrato hermosísimo de Sor María: “Es la encarnación misma de la sencillez y de la prudencia evangélica. ¡Con qué exquisita maternidad conquista los corazones! Encuentra a cada problema una solución que, a la luz de los hechos, resulta siempre la mejor. No olvida nunca que debe habérselas con seres débiles, pecadores. La he visto tratar a la naturaleza humana bajo todos los aspectos, hasta los más miserables. Pues bien, los ha tratado con aquella superioridad y delicadeza que en ella era espontánea y natural. Lo que me sorprende es que, en todo y siempre, se mantenía exquisitamente femenina. Yo diría: cuanto más virgen, más madre”.

10. Selva, patria del corazón.

En octubre de 1932 se pensó destinar a dos hermanas a la misión de Sucúa. Sor María Troncatti, que, como hemos visto, acudía allí periódicamente, con 49 años sería la Directora. Sor Dominga la sustituyó en Macas. Partió, como de costumbre, a caballo, mientras todos, pequeños y grandes, lloraban apenados.

Pero en seguida se presentaron graves dificultades en Sucúa. Una mañana fue hallado asesinado el jefe político de aquella zona y la sospecha cayó también sobre el misionero padre Sthal. Era

incluso estúpida aquella sospecha, pero los colonos, horrorizados, obligaron al padre Sthal a huir. Fueron arrestados ocho hombres. Las hermanas tuvieron que volver a Macas.

Mientras se esclarecían los hechos, Sor María fue requerida en Guayaquil, en la Casa de Beneficencia de señores. Le dijeron que el Señor la quería allí para dirigir aquella obra. ¿Era, por consiguiente, un adiós a la selva? El corazón se le amedrentó.

En aquella gran ciudad, en aquella casa, demasiado señorial para ella, se sentía como un pez fuera del agua, aunque aquella obra estuviera destinada a las niñas pobres y abandonadas.

La casa había sido dejada en herencia por una gran dama, y un grupo de piadosas señoras la sostenía con sus donativos. Tampoco allí nadaban en la abundancia. No obstante, aquel cambio de vida le costó un gran sacrificio a Sor María. Sin embargo, estaba tranquila. Repitió su fiat, su sí, aunque con frecuencia el pensamiento y el corazón atravesaban la cordillera en un instante y volvía a encontrarse con caras conocidas y sus labios repetían nombres y más nombres... Escribió a su madre, la cual le contestó que no pidiera volver a la selva. Quizás aquella santa mujer quería ahorrarle a su hija, ya no tan joven, ulteriores trabajos. O, más probablemente, quería que viviera plenamente el fiat de la Virgen: el abandono a la voluntad de Dios.

Desde Guayaquil, la correspondencia iba y venía con más rapidez que en la selva, donde había que esperar la llegada de una carta hasta un año entero. Así tenemos a la vista la continuación. Sor María volvió a escribir sobre el tema: "No, no lo pido, porque quiero hacer la santa voluntad de Dios, pero si la Madre Inspectora me manda, voy de todo corazón. Mi pensamiento está continuamente en la misión".

Sincera y humana también consigo misma, está en su sitio, trabaja sin descanso, pero no entierra lo que surge en el corazón.

En Guayaquil se ganó el aprecio de todos en seguida. No iban a que les curara el cuerpo, pero acudían con frecuencia a buscar la paz del espíritu. Para las huérfanas era una verdadera madre, lo mismo que en la selva, e igualmente para las hermanas. No le quedaba más que la noche —en aquella habitación demasiado elegante para ella, separada únicamente del resto del dormitorio por un tabique— para pensar en sus shuar. Su mundo y hasta su lenguaje (un español bastante sui generis) era el de la selva, la patria de su corazón.

Cuando se encontraba con algún salesiano que venía del Oriente, especialmente de Macas, no perdía detalle de las noticias que le daban: la primera capilla de cañas, a la otra orilla del Upano, se había caído... En Sucúa, la situación era cada vez más crítica... La viruela había hecho estragos entre los shuar, las noticias mencionaban nombres muy apreciados para ella de gentes que eran su familia, ¡y ella no estaba allí para luchar contra la muerte!

Después llegó una noticia terrible: un voraz incendio, quizás intencionado, había destruido toda la misión en la colina de Macas. La noche anterior había sido hospitalizado un desconocido que después, en medio de la confusión, alguien le había visto huir. Monseñor Comín, que se encontraba en Macas, había compartido la consternación de todos. Cuando tuvo que partir, buscando fatigosamente las palabras, animó lo mejor que pudo a los misioneros: "Los dejo con un dolor y una nostalgia indescriptibles. ¡Ánimo! Que nunca el desaliento se apodere de sus corazones. Siempre adelante. ¡Empecemos de nuevo!

Sor María tenía preparado hacía tiempo un baúl en su habitación de Guayaquil. Iba metiendo todo lo que le regalaban y juzgaba de utilidad para la selva. Ante la dolorosísima noticia del incendio, vació el baúl. Pidió ayuda a las buenas señoras del Instituto de Beneficencia. También las hermanas y las huerfanitas se ofrecieron a ayudarla. Se prepararon paquetes y más paquetes. La Inspectora partió para Macas archicargada de materiales. Pero, ante el espectáculo desolador de aquella destrucción, comprendió que se necesitaba el templo férreo de aquella que había sido capaz de comenzar de la nada. "Aquí hace falta Sor Troncatti".

Dos hombres partieron a galope a llamarla. Parecía que fueran a una fiesta. En cuanto llegó, las colonas llevaron a la misión mandioca, bananas, huevo y miel. Ella, antes que nada, reconstruyó el dispensario-farmacia-hospital. Iba de puerta en puerta a pedir a los colonos el sustento necesario para los niños y niñas shuar de la misión. No obstante, escribía a su madre: “Aquí, con los shuar, me encuentro muy contenta, mucho más que en la ciudad de Guayaquil, en medio de la aristocracia. Aquí, en esta selva, lejos de los engaños del mundo, catequizando, curando enfermos, alimentando a los niños pobres –tenemos unos veinte-, me siento verdaderamente feliz, y esta gracia me la obtiene mi querida madre con sus oraciones...”

A pesar de la pobreza de aquel período de reconstrucción, Sor María continuaba aceptando niños abandonados y huérfanos. No sabía decir que no. Su corazón no se lo consentía.

La familia de los colonos Genovés había quedado en la miseria. El padre, al ir a pescar, pereció en el río Abanico, dejando a la mujer con cuatro niños, más el que estaba a punto de nacer. Blanca, la mayor, nos lo cuenta: “... En aquel momento trágico, aquellas cinco criaturas, sin nido ni protección, vieron un prodigio: la mano de Dios estuvo con ellos, en la dulce figura de la Madre María Troncatti... A los más pequeños los tomó en brazos y nos condujo a todos a la misión. Fue nuestra segunda madre aquí en la tierra. Mis hermanas y yo recibimos la enseñanza primaria. La Madre María, viéndome con inclinación al corte y confección, me envió a Guayaquil, donde saqué el título, que tanto me ha servido después en la vida...”

Una joven madre shuar había sido envenenada por venganza, después de haberle asesinado al marido. El veneno, dosificado al efecto, la mataría después del nacimiento del hijo que esperaba. Cuando aquella pobre mujer comprendió que había sido envenenada, llamó a su hija de seis o siete años y le dijo: “Llevarás a tu hermanito a la Madre María apenas nazca”.

Al cabo de unos días, Sor María vio llegar a la niña con un fardito en los brazos. Lloraba y gritaba desesperadamente: “Mi mamá se muere, mi mamá se muere”.

Sor María dejó al pequeño al cuidado de Sor Dominga y partió con el misionero, haciéndose conducir por la niña. La mujer fue bautizada, asistida hasta el último suspiro y, después, enterrada.

El niño fue bautizado con el nombre de José María. En la partida oficial de nacimiento recibió el apellido Troncatti. De hecho, Sor María era su madrina. Y no sólo por mera formalidad. Ella seguirá al pobre huérfano durante toda la vida y lo encaminará a los estudios hasta conseguir una carrera. Hay que decir que sus “hijos” son incontables, y que todos la tenían como madre, y como tal la amaban.

Sin embargo, hubo un shuar que, ofendido por un llamado de atención de la Madre María, acudió al brujo para pedirle que empleara sus mañas y la hiciera morir con una muerte aparentemente natural.

-Te doy lo que quieras, pídemelo que te parezca- propuso el shuar al brujo.

-No quiero nada –respondió aquél-, porque no tengo poder sobre ella. La brujería no penetra en la Madre María ni en sus hermanas. Tienen delante un obstáculo luminoso, brillante, transparente, pero impenetrable. No puedo.

La brujería no podía nada contra Sor María, pero el sufrimiento sí que la afectaba. Uno de los dolores más amargos fue la muerte prematura del padre Ruby. Éste continuaba con mucha fuerza sus excursiones por la selva en busca de los poblados de los shuar diseminados por la inmensa alfombra verde. En todas partes lo recibían como un ángel de Dios.

El 16 de agosto partió de recorrido con otros salesianos: el padre Brito y un coadjutor, el señor Bigatti. Antes, quizás como un presagio, le había regalado a Sor Carlota el pequeño catecismo en lengua shuar que él mismo había escrito.

El 24 llegaron jadeantes dos shuar a la colina de Macas diciendo a gritos: “El padre Ruby y el señor Bigatti se han ahogado”. Lloraban sin consuelo. Atravesando el río Unda-Margoziza, la canoa había chocado contra un banco de piedra invisible y se había partido. Los dos perecieron arrastrados por las aguas turbulentas.

El dolor y el vacío de aquella tragedia sólo fueron comparables al amor del padre Ruby a sus shuar.

Y había otras penas, no menos sentidas. De vez en cuando la viruela sembraba la muerte en Macas, en Sucúa, del otro lado del Upano y en los apartados poblados. Entonces, para Sor María, el cansancio se hacía poco menos que inaguantable, y su pena, inmensa como el mar.

En 1941 la epidemia se extendió a General Proaño, no muy distante de Macas. En cuanto lo supo, Sor María partió en compañía de un shuar, el cual, al llegar a la primera cabaña, huyó horrorizado. La situación era tal que desalentaba a cualquiera: los cadáveres sin enterrar, la gente encerrada en casa por miedo... Comenzó dando sepultura a los muertos, luego curando a los enfermos y finalmente vacunando a los pocos que quedaban sanos. Luchó tres meses contra la epidemia. No se sabe cómo pudo resistir ella sola en aquella zona apestada. Mejor dicho, sí se sabe. El misionero le llevaba cada mañana una cesta de comida preparada por las hermanas y le daba la comunión. Después, regresaba en su caballo, contemplando una y otra vez el pequeño campanario de la iglesia de madera donde Sor María reponía las fuerzas para seguir viviendo... el pueblo General Proaño le debe el no haber desaparecido al empeño y al amor de Sor Troncatti.

Desaparecida la viruela, al poco tiempo, otro nuevo sufrimiento: vinieron a llamarla desde Sucúa. Mercedes Navarrete había muerto asistida por sus alumnas y por algunas shuar internas que la habían acompañado en sus últimos momentos, cantando –según el último deseo de su maestra– canciones en honor de la Virgen. Sor María estrechó contra su corazón a aquellas niñas desoladas, dio sepultura a la heroica maestra, y después –con permiso de la Inspectora–, envió a Sucúa a Sor Carlota con otra hermana para continuar la obra.

Más tarde le llegó el turno a Sevilla Don Bosco. La misión tuvo su sede estable con internado masculino y femenino para los shuar. Y también Sor María tuvo que dar el primer impulso a aquella misión.

Ante el avance de los colonos, los misioneros intentaban obtener del gobierno la creación de extensiones de terreno que constituyeran como las reservas del pueblo shuar. Había que defender los derechos de los aborígenes.

11. La vida cotidiana de una comunidad de creyentes

La vida era muy dura en aquellos años. El sustento de la misión dependía del cultivo de las chacras o de las plantaciones, apenas iniciadas. El hambre se dejaba sentir. Las hermanas y misioneros comían lo que quedaba después de haber servido a todos. Pero ninguno se quejaba.

Aquí era más fácil atender a las llamadas de los enfermos. No había que atravesar aquel río traicionero. Pero las sorpresas arriesgadas no faltaban nunca.

Un día, a la caída del sol, llegó un shuar y suplicó a Sor María: “Ven en seguida, mi mujer está enferma”.

Sor María se quedó extrañamente dudosa:

-Pero, hijo, pronto se echará encima la noche.

-Por favor, -insistió aquél-, mi poblado está aquí cerca.

Sor María tomó su maletín y lo siguió. Al cabo de una hora de camino, le preguntó:

-Pero, ¿dónde está tu choza?

-Aquí cerca.

Siguieron caminando. Llegó la noche.

-Dices que aquí cerca, ¿pero dónde?

-Ven, ven.

Siguieron caminando, caminando. De pronto se oyeron disparos, gritos, ladridos. El shuar se detuvo y le dijo a Sor María: “espérame aquí”. Echó a correr. Ella esperó un rato. Sacó el rosario del bolsillo y empezó a desgranar las cuentas.

Aquel hombre no volvía. ¿Qué iba a hacer ella, sin conocer el camino de regreso...? De pronto, apareció un perrito blanco y se acercó a ella ladrando de contento.

Ella lo miraba. Se agachó a acariciarlo. Pero el perrito, asiéndole la falda del hábito, tiraba de ella. Sor María siguió tras él, hasta que, paso a paso, se encontró en la misión.

Estaba diciendo a las hermanas que la habían esperado preocupadas: “Denle de comer a este pe...”, cuando se dio cuenta de que el perro había desaparecido.

Dio gracias a Dios. Pero no supo reservarse nunca. Aunque supiera que se iba a encontrar en peligro, no rehusaba nunca responder a las llamadas diurnas y nocturnas. Estaba en juego no sólo la salud física, sino la posible apertura a la fe de una vida.

Un día se dirigió con una muchachita interna a un apartado poblado. De pronto, en la espesura de la selva, sintió un helor en las piernas: una serpiente se le había enroscado. Conteniendo la respiración, logró exclamar: ¡la serpiente!

La muchacha, horrorizada, pero experta, le dijo: “Madre María, no se mueva”. Y se quedó inmóvil, repitiendo sus consabidas avemarías. ¿Qué le hubiera sucedido? ¿Era aquella la última hora para ella, que había salvado a tantos de picaduras de serpientes?

Pasaron unos instantes –que parecían horas- de angustiosa tensión. La serpiente ensanchó sus anillos y escapó. La muchacha fue la primera que rompió el silencio, mientras Sor María se enjugaba el sudor frío que corría por su frente:

-¡Oh, Madre María!, si no se hubiera ido, ¿qué hubiera hecho?

-Es muy sencillo. Me hubiera muerto. Pero ¿ves cómo la Virgen vela por nosotras? Sigamos adelante.

Sevilla floreció como una flor en primavera. También allí pudo celebrarse un día el primer matrimonio cristiano. La muchacha había crecido en el internado femenino; el muchacho, en el masculino. Los dos se habían visto poco, pero ese poco bastó para entenderse. Él se había presentado al padre Director comunicándole su intención de casarse y quién era la elegida.

-Bien, hijo mío-le respondió el misionero-, de acuerdo. En el terreno otorgado por el gobierno a la misión escogerás el trozo que más te guste, lo talarás, te construirás la choza, prepararás la chacra y sembrarás la yuca. El día de la boda te regalaremos una vaca.

El muchacho se fue muy contento a casa de las hermanas y pidió que le dejaran ver a Manchi, su prometida. Ella se presentó con los ojos bajos. El muchacho le regaló la tela para un vestido. Se la había regalado a él la Madre María.

El día de la boda fue memorable. La vaca acompañó a los novios hasta su choza, en medio de los aplausos frenéticos de toda la misión y de los respectivos suegros y padres, que naturalmente, propagaron la noticia por medio del tuntuí.

En 1946 había un número discreto de matrimonios jóvenes.

Los niños que nacían eran las flores de un futuro lleno de promesas. Y bien puede decirse que todo giraba en torno a aquella Sor Troncatti que cruzó un día la selva con tanta resistencia. Las madres jóvenes le confiaban sus hijos: “Madre María, tengo que ir a la chacra...”.

En Sevilla Don Bosco tampoco faltaban las cunas, no faltaban las voces, los gritos y chillidos infantiles: la alegría de vivir.

12. Sucúa

Los años pasaban tan veloces que Sor María no tenía ni tiempo para pensarlo. La vida en Sevilla estaba ya organizada de forma estable, de acuerdo con un plan trazado por los misioneros: la nueva ciudad contaba con unas treinta casitas habitadas por familias shuar cristianas. Cada casa estaba rodeada de un espacio para cultivar la mandioca, el camote, el maíz y también algunas flores. En la misión empezaba a experimentarse el cultivo del arroz.

Sor María contemplaba con admiración la obra realizada, pero siempre mirando hacia delante: hacia lo más pobres, hacia los más necesitados, que venían en su busca desde la espesura de la selva.

Un buen día, un shuar y una shuar le llevaron a una hija suya que se había magullado un brazo mientras molía caña de azúcar con la prensa.

-¿Cuándo le pasó esto? – les preguntó Sor María.

-Hace cuatro días.

-¿Y por qué no me la trajiste enseguida? Tiene principios de gangrena, no queda otro remedio que cortar el brazo.

-¡No, eso sí que no! ¡O viva con los dos brazos, o muerta!

-¿Pero no ven que tiene los huesos rotos?

-O la curas, o si no que muera.

-Déjenmela.

Y Sor María intentó lo imposible. Poco a poco consiguió salvar de la gangrena el brazo de la pobre niña, colocarle en su sitio los huesos, los músculos y los nervios. Pero el ungüento más precioso que empleaba era un compuesto de fe y de avemarías. También la niña repetía una y otra vez: Ave María, Ave María... al cabo de un tiempo, la niña fue devuelta a su testarudo pero afortunado padre.

No obstante, había que dar un adiós a todo esto. Sucúa la esperaba definitivamente. Partió con Sor Inés Cánfari, que había sanado de una enfermedad incurable. Erguida, como una jovencueta, en su caballo y sumamente emocionada, se despidió de todos, que lloraban inconsolablemente, con un: “¡Vamos, ánimo! Si me necesitan, ya saben donde estoy. No tienen más que llamarme. ¡Hasta la vista!”.

Sucúa era una zona de población blanca en crecimiento continuo. Quien quería habitar allí podía obtener con facilidad una parcela de terreno, construirse la casa –de madera naturalmente- y convertirse automáticamente en propietario de aquel terreno.

El misionero –entonces el padre Maskolaitis- había creado varios centros para los shuar en las colinas circundantes, agrupando en cada uno varios poblados que visitaba semanalmente. Sor María se encontraba a sus anchas, tanto en el poblado de los blancos como en los centros,

adonde acudía no sólo cuando la llamaban, sino siempre que podía, teniendo en programa un apretado calendario de catequesis.

Cada día traía su buena parte de trabajos y sufrimientos, pero también éstos estaban previstos y ofrecidos a Dios con anticipación. Cada día, a las cuatro de la mañana, Sor María se levantaba y acudía a la iglesia a adorar al Señor una hora larga. Después, hacía el vía crucis; luego, la meditación con las hermanas y con los salesianos y, finalmente, la santa misa.

Tenían una shuar de veinte años en la misión, que actuaba de cocinera y despensera, gozando de la plena confianza de las hermanas. Era Mamacha, que en el bautismo había recibido el nombre de Teresita del Niño Jesús.

Sor María, a los pocos días de llegar, confesó que Mamacha no le parecía sincera. Todas se esforzaban en convencerla de que no había, en cambio, nadie tan fiel como ella. ¡Una Santa Teresita en pequeño! Pero un día Mamacha se fugó sin dejar la menor pista de su paradero. Un shuar, no cristiano, la había impulsado a la fuga y la tenía consigo. Sor María no hizo ningún comentario. Se limitó a decir: “¡Recemos!”

Mamacha, en el lejano poblado, sintió la necesidad de salir de aquella situación. Una vida distinta pujaba en ella: la de su bautismo. Propuso resueltamente al hombre con quien vivía: “Turki, si me quieres, ven a buscarme a la misión católica. Y yo te seguiré si te haces cristiano como yo. Así no puedo vivir, no puedo más”.

Turki la siguió a la misión y se preparó para el bautismo y para el matrimonio cristiano. Sor María soñaba también para Turki y Mamacha-Teresita con una vaca... Y después, muchas vacas...

Había un pobre hombre que vivía solo en Sucúa. Sor María le propuso: “Si tú tuvieras una chacra, ¿serías capaz de criar vacas?

-¡Ya lo creo!, pero no la tengo

-Pues bien, yo consigo la chacra. Tú la trabajas y crías las vacas. La primera cría será para ti; la segunda, para mí. Y así sucesivamente.

El sueño se convirtió en realidad. Bienhechores de Italia y del Ecuador aportaron el dinero necesario para conseguir una buena parcela de terreno no lejos de la misión. El buen hombre se construyó su casita...

El pequeño José María, el hijo de la shuar envenenada, siempre flaco y endeble, acompañó a su madrina a Sucúa, pero, con gran pena suya, no podía corretear a su lado, porque había ingresado en el internado masculino. No obstante, se escapaba de vez en cuando al dispensario en busca de afecto y de... caramelos. Sor María le complacía, después le mandaba con los demás para evitar preferencias, aunque, en realidad, aquella pobre criatura no tenía a nadie más que a ella.

Cuando terminó la enseñanza primaria Sor María lo mandó llamar y le dijo. “José, yo no te daré grandezas ni dinero. No puedo darte una fortuna. Lo que sí quiero darte es una buena educación y una instrucción adecuada para que el día de mañana puedas formar una familia honrada y eduques cristianamente a tus hijos. Así, pues, irás a la Escuela Normal de Macas para continuar los estudios”.

Le preparó los papeles necesarios y consiguió pagar la pensión y todos los demás gastos. Más tarde José María estudió en el Colegio Salesiano de Cuenca hasta conseguir el título de bachiller. Recordará él mismo. “Tuve la suerte de ser admitido en Cuenca con una beca de estudio que me proporcionó mi madrina, Sor María Troncatti. Ella controlaba siempre mis estudios y venía a verme siempre que podía. Es a ella a quien yo, pobre huérfano, le debo lo que soy”.

El joven no le dará a su madrina sólo consuelos, y acabará incluso en la cárcel. Pero Sor María estuvo siempre dispuesta a salir en su defensa, experimentando hasta el fondo la exigencia de la maternidad espiritual.

13. Cambios en la selva

En la selva del Morona-Santiago se deban pasos de gigante. Hemos visto que en Macas se había abierto la Escuela Normal. Aquí y allá, bajo la dirección del padre Albino Del Curto, se construían carreteras y puentes, se echaban los cimientos de un auténtico hospital, aunque pequeño, y se preparaba el aeropuerto.

La velocidad redundaría en provecho tanto de la evangelización como del servicio a los enfermos, así como para el intercambio de productos de primera necesidad.

El 24 de abril de 1948 las hermanas anotaron con gran entusiasmo en la crónica de la casa: "Por primera vez, dos magníficos aviones aterrizan en esta misión". Tres meses más tarde, Sor María volaba por primera vez a Quito para hacer ocho días de Ejercicios Espirituales con gran satisfacción suya. La ausencia esta vez sería mucho más breve.

La línea aérea unía también Sucúa con Macas. Sor Carlota Nieto había sustituido muy bien como enfermera a Sor María en Macas. Cuando se presentaban casos graves, recurría al médico de Sucúa. Se le presentó un caso gravísimo. Hizo llamar por radio a Sor María, quien recibió el aviso en el momento mismo en que el avión llegaba a Cuenca. Tal como estaba, con delantal y mangas blancas, Sor María respondió. "Voy enseguida". Tomó su maletín y se dirigió sin pérdida de tiempo al aeropuerto. En cinco minutos estaría en Macas. ¡Qué maravilla! Sor María ya tenía 65 años.

Subieron con ella al avión los señores Basantes, muy conocidos suyos. Se saludaron y se acomodaron. El avión partió enseguida, dio una amplia vuelta sobre Sucúa y se dirigió hacia Macas. Se notaba un ruido extraño.

-Capitán, ¿qué es eso?- preguntó el señor Basantes.

-Una avería –respondió el piloto-. No es posible aterrizar en Macas.

Sor María sacó del bolsillo su indefectible rosario y comenzó a desgranar las cuentas con gran fervor. Las ruedas del avión no funcionaban. El tren de aterrizaje se había agarrotado. Daban vueltas por encima de la selva. Una rueda cayó en la alfombra verde.

-Madrecita, rece- gritó el piloto.

El avión se alzaba a alturas vertiginosas para bajar después de improviso. Cruzó la cordillera. El piloto logró ponerse en contacto con la torre de control de Quito: "Prepárense para recibir a las víctimas. Hago todos los intentos, pero temo que el aparato se incendie al tomar tierra". Le respondieron: "Consuma todo el combustible antes de aterrizar. Nos preparamos a recibirlos. Manténganse en contacto con nosotros".

-¿Entonces?- preguntó Basantes.

-Vamos a Quito, pero el avión se incendiará. Es preciso aligerarlo. ¿Llevan paquetes?

La señora Basantes tenía a su lado un saquito de papas.

-Tiren esas papas, ¿no ven que ya no hay esperanzas?- dijo el piloto con gran exaltación.

-Entonces, capitán, ¿vamos a morir? – preguntó Sor María.

-Casi seguro, Madrecita.

-Entonces, si vamos a morir, con papas o sin ellas, es lo mismo. ¡Mejor será que hagamos un acto de contrición!

Al aeropuerto de Quito acudían ambulancias, bomberos y una gran multitud de gente. El piloto daba vueltas a la ciudad para consumir el combustible. Después comunicó a la torre de control:

“Bajo”, y un escalofrío lo cruzó de pies a cabeza. El piloto no supo explicarse qué maniobra realizó en aquel momento. El avión, sin tren de aterrizaje, se deslizó por la pista, hincó la hélice en tierra, se partió el ala derecha, pero no se incendió.

Los cuatro salieron ilesos. Los tres señalaban a Sor María emocionadísimos. “Es ella la que con sus oraciones nos ha salvado”. Sor María se excusaba diciendo: “Vayamos a dar gracias a Dios”.

En Sucúa, entre otras muchas dificultades, había que incluir la dificultad de las relaciones con la misión protestante, donde trabajaban el pastor Miguel Ficke y su mujer, que eran excelentes personas. Sin embargo, una anciana shuar que se había hecho protestante interpretaba la diversidad de religión como una rivalidad en la que, al igual que en las luchas tribales, uno de los dos debía ser eliminado.

Por aquel tiempo, en la misión católica, un joven sacerdote, el padre Albino Gomezcoello, ayudaba al padre Natale Lova en su tarea de evangelización y promoción. Lo que se hacía, lo leemos en la relación entregada a la prensa el año 1952.

“Una nueva era se ha iniciado para Sucúa bajo el impulso del infatigable padre Lova. Se han abierto caminos hasta Huambi y Macas. Se ha fundado en la margen derecha del Tutanangoza una prometedora colonia (o centro shuar) con treinta familias shuar, confiadas al celo admirable del padre Albino Gomezcoello. Se ha introducido el primer jeep; se ha instalado la luz eléctrica, la estación de radio, un molino, una trilladora; se ha fomentado la agricultura; se ha erigido una nueva y artística iglesia...”.

El padre Albino fecundaba su apostolado con el ofrecimiento de grandes sufrimientos que habían destruido a su familia. Su madre había perdido las dos manos, aplastadas por la prensa de la caña de azúcar. Su hermano menor, empeñado en comprarle a su madre las manos ortopédicas, fue a cribar arena aurífera para reunir la cantidad necesaria, y el agua del río lo arrastró. Su padre, al recibir la noticia, se volvió loco.

El padre Albino encerraba en su corazón muchos sufrimientos y continuaba cultivando la viña del Señor sin tregua ni descanso.

Partió un día para el centro que le había sido confiado, anunciando que volvería al cabo de una semana. Pasando por Saip, al regreso, la anciana shuar protestante lo invitó a su choza a descansar y le ofreció una taza de guayusa, una bebida semejante al té. El gusto de la guayusa era algo extraño.

Después de despedirse de la anciana, el padre Albino atravesó el Tutanangoza con esfuerzo. La selva se le hacía interminable. No tenía aliento para seguir caminando. Las piernas eran pesadas. Llegó cerca de una cabaña y una mujer le vio levantar los brazos y caer al suelo sin sentido.

Llevado al hospital, Sor María juzgó el caso desesperado. Pero comenzó a curarlo, posiblemente con algún remedio secreto aprendido de los aborígenes... El padre Albino, tras largos días de lucha entre la vida y la muerte, se curó. Confesaba después: “No recordaba nada. No entendía nada. No sé cómo Sor María logró arrebatarme a la muerte. Sólo sé que en los breves momentos de lucidez, de día o de noche, la veía siempre a mi cabecera, con el rosario en la mano...”.

Llegó a Sucúa, enviado por el Ministerio de Sanidad, el primer médico titular para la dirección del hospital. Sor María lo recibió con mucho respeto, dirigiendo los enfermos a su consultorio para visitas, operaciones, curas, etc. Pero la gente la buscaba a ella. Cada mañana a la hora de la consulta, estaba lleno de gente, blancos y shuar. Pero algunos, al saber que estaba el médico en el dispensario, se iban a casa diciendo: “Ya volveremos”. Y volvían, pero cuando estaban seguros de encontrar a la *doctora* de siempre.

Cierto día llegó una mujer de un centro lejano con un horrible tumor en una pierna. En cuanto la vio el que hacía de portero, le dijo:

-Tiene que verte el médico.

-No, yo quiero que me vea la Madre María.

Y esperó a que el médico se fuera. Sor María examinó el tumor.

-Es de naturaleza benigna, está tranquila. ¿No quieres que llame al médico?

-No, Madre María.

-No seas terca. Es muy buen médico.

-Antes me vuelvo a casa como he venido.

-Está bien. Ya te opero yo. Pero antes recemos juntos un avemaría. Ten presente, y recuérdalo siempre, que todo depende de la oración.

14. Un paso decisivo

Entretanto, estaba madurando un proyecto concreto para la defensa de los derechos de los nativos contra las pretensiones de los blancos, que con la comodidad de los aviones se establecían en mayor número en la selva. Se trataba de la *Federación Shuar*, obra de un joven salesiano eslovaco, el padre Juan Shutka. El proyecto se iba esclareciendo poco a poco, y fue reconocido por el gobierno de Ecuador en 1964. El padre Juan le decía a Sor María, ya conocida como "la abuelita", con sus 81 años-

-A cada centro le asignaremos un maestro catequista. Y prepararemos enfermeras, ¿no le parece?

-¡Claro, claro!

-Los líderes asistirán a los cursos intensivos de catequesis, de agricultura y de letras y ciencias, en lengua española y shuar. Al volver después a sus poblados, darán nuevo impulso al crecimiento de las comunidades. Serán los futuros dirigentes...

La idea de la formación de enfermeras interesaba directamente a Sor María, que por su avanzada edad ya no podía ir a los lejanos poblados.

El padre Juan volvió sobre el tema:

-Madre María, ¿quiere que organicemos un curso para enfermeras, designando una muchacha de cada poblado?

-¡Cómo no! Estoy dispuesta. Pero tendría que concedérseles el título.

-Cuando estén preparadas, irán a Quito a examinarse. Como cada centro tiene su capilla propia, la escuela de maestros shuar, diplomados en nuestras escuelas, tendrá enfermera propia y un pequeño dispensario.

Comenzó el primer curso para enfermeras shuar. La habilidad y la experiencia en enfermería que Sor María había adquirido en tantos años, se multiplicaban, se extendía, se convertía en patrimonio del pueblo shuar.

Se formaron ocho centros. Sor María preparó un botiquín para cada uno, equipado con lo indispensable para las primeras y más urgentes curas, anotando en cada frasco el nombre del medicamento con las correspondientes indicaciones y modo de empleo.

Otra idea maduraba también en la mente del padre Juan: la *Radio Federación Sucúa*, esto es, una emisora que llegase al confín de la selva, hasta los puntos más apartados, y sería recibida por cada familia en su propio receptor de pilas. Cada padre de familia federado tendría su aparato de radio. Pero había que construir antes el edificio apropiado.

La *Operación Mato Grosso*, formada por jóvenes voluntarios italianos que afrontaban los problemas del tercer mundo de forma concreta, dio al padre Juan la inspiración. Les escribió, les explicó su plan y les expuso las necesidades y la pobreza de la misión.

En julio, un grupo de veintitrés jóvenes llegó a Sucúa y, en cuatro meses de trabajo intenso, construyó la sede de la *Federación Shuar*. Aquellos esforzados jóvenes no tardaron en conocer a Sor María, a quienes todos llamaban ya *abuelita*. Significaba una vida entera en aquella selva... Los jóvenes italianos se quedaron admirados. Ellos estaban allí algunos meses, con el pensamiento del regreso a la patria y a los suyos. Y se sorprendieron cuando supieron que la *abuelita*, que siempre estaba dispuesta a curarles un dedo, vendarles un pie u ofrecerles una bebida fresca, no había vuelto a ver a su familia, ni siquiera la tumba donde descansaban sus padres... No había vuelto a atravesar el océano, había optado por vivir en una familia amplia en la selva, ¿quién le había inducido a hacer esto? Sólo un amor más fuerte que la misma vida había podido mantenerla en aquella selva interminable.

Tuvieron una idea: ofrecer a la Madre María un viaje de ida y vuelta en avión. Desde Milán, uno de ellos se ofrecía a acompañarla en coche hasta Corteno. Cuando se lo dijeron, se sonrió y dio las gracias, emocionada. Después, resumió en unas pocas palabras el sentido de todos aquellos años: "Cuando uno se da, se da para siempre".

Aceptó mandar una carta a mano por uno de ellos, que era de la misma provincia. Le pidió que dijera a sus hermanas, cuñados, hermano y sobrinos que la había visto y que estaba bien. Que dieran gracias a Dios con ella y por ella...

La *Federación Shuar* prosperaba. Para la inauguración de la sede se convocó una asamblea general, y los shuar, recibida la invitación por radio, acudieron en gran número a Sucúa. Ellos no necesitaban aviones. Podían caminar una noche entera por la selva y llegar a donde querían.

Además de los festejos, había otra cuestión que les interesaba de cerca: el reconocimiento oficial de la administración autónoma de sus tierras. Los representantes del gobierno, después de algunas reuniones con los shuar dirigentes de la Federación, reconocieron la capacidad de los shuar para administrar sus tierras en la solidaridad que habían constituido. Quien animaba estos pasos era el misionero. No todos los colonos estaban entusiasmados.

El *Boletín Salesiano* de aquel año 1969 escribía: "Sucúa es el crisol donde se ha efectuado la unión de dos grupos que se presentan enemigos: los shuar, indígenas de la región, y los blancos, colonos procedentes del altiplano. Recientemente se han producido nuevos roces. Los misioneros, naturalmente, se han puesto del lado de los más débiles".

Y llegó la noche trágica, la noche del 4 al 5 de julio del mismo año 1969.

Algunos huéspedes de los misioneros, que dormían en la planta baja, vieron –entre dormidos y despiertos- la luz de una linterna de bolsillo que aparecía y desaparecía. Los misioneros dormían en el piso superior. De pronto, cundió la alarma: ¡la casa de madera ardía como una antorcha!

Ardió todo. Todo lo que había costado años y años de sacrificios: los archivos, las oficinas, la biblioteca, ochenta aparatos de radio, un radiotransmisor, el teatro, el almacén de víveres...

Los misioneros, los shuar y los blancos que dormían en aquel edificio lograron salvarse lanzándose algunos al vacío.

Las Hermanas, desde su casa, al otro lado de la iglesia, vieron el resplandor de las llamas y acudieron.

La Madre María tenía ya las piernas demasiado hinchadas y torpes para correr al ritmo de su corazón. Cuando supo que todos estaban salvados, le dijo emocionada a Sor Carlota: -Ven, vamos a la iglesia a dar gracias a Dios que no ha permitido que hubiera víctimas... Pidamos perdón al Señor por quien ha hecho tanto mal.

El secreto de aquella oración quedó en Dios. Nosotros conocemos sólo lo que sigue. La anciana misionera, con sus 86 años, acostumbrada a todo, empezó a preparar las camas libres del hospital y ropa, para los misioneros, que sólo habían salvado lo puesto. Después, les ofreció a todos un café, sonriendo como siempre, aunque con el corazón golpeado.

A la mañana siguiente se observó que una habitación del hospital se hallaba revuelta y los cristales de la ventana estaban rotos... ¿Qué pretendían hacer?

Apenas amaneció, el padre Juan se dirigió –impresionado por las terribles emociones de aquella noche- al edificio de la *Federación Shuar*. Delante de la puerta de entrada, esperando, encontró a unos veinte shuar armados de escopetas y *machit* –el cuchillo que todo shuar, hombre o mujer, lleva siempre consigo como instrumento necesario de trabajo y de otros usos- dispuestos a la venganza.

El padre Juan sintió un escalofrío. Los hizo entrar. Dio la noticia por radio con estas escuetas palabras: “Esta noche ha ardidado la misión de Sucúa”. Después, procuró calmar los ánimos...

-Nosotros haremos justicia- decían los shuar-. -Mañana no quedará uno vivo en Sucúa.
-No, hermanos, no es esto lo que les he enseñado- rebatía el padre Shutka, pálido, y agotado, pero dueño de sí.

La ley cristiana del perdón no era una lección teórica, era una realidad práctica y actual que los misioneros daban, superándose a sí mismos.

La discusión duró mucho tiempo. Los blancos, encerrados en casa, espían a través de las rendijas de las ventanas o de las puertas. Se preparaban a lo peor. Finalmente, vieron salir a aquellos hombres –para quienes la venganza había sido siempre un sagrado deber- con el rostro terrible, sí, pero calmados. Los vieron desaparecer en la espesura de la selva. No del todo persuadidos, pero vencidos por la fuerza moral del gesto de perdón de los misioneros, se avinieron también a perdonar.

El padre Juan concluía así su apasionada alocución: “hermanos, nuestra vida no es la venganza, sino el perdón y el trabajo serio y honrado. Sólo son fuertes los que saben dominarse. Vendrán días mejores”.

Respondió el que actuaba de jefe de la expedición:

-Está bien. Lo dejaremos así. Pero si te sucede algo a ti o a los demás misioneros, no te obedeceremos ya. Haremos lo que nosotros sabemos hacer...

Sor María, afligida por el odio que nacía por ambas partes como serpiente maligna, hizo su ofrecimiento claro y expreso: “Señor, si hace falta una víctima, aquí estoy yo...” Y permaneció más tiempo de lo acostumbrado en la iglesia, como en señal de despedida.

El señor Cosme, un salesiano coadjutor que trabajaba en la misión, escribió de ella: “era incapaz de comprender que hubiera gente tan mala que intentara matar a los sacerdotes quemándolos vivos. Se notaba que aquel atentado había dejado en ella una amargura terrible”. Decía angustiada: “¿Qué pretenden hacer? ¿Partir mi corazón en dos trozos? Pues bien, si hace falta una víctima, aquí estoy yo...”.

15. El viaje final

Era el 25 de agosto. La gran misionera, con sus ochenta y seis años cumplidos, debía partir para Quito a hacer los Ejercicios Espirituales: la única pausa anual de toda su vida.

En el Oriente ecuatoriano, dos compañías aéreas cubrían el servicio de viajeros y el transporte de mercancías: la TAO y la SAN. El señor Cosme se había preocupado del viaje de la Madre María y le propuso la compañía SAN.

-Pero es que yo no quiero ir con la SAN. Tengo un poco de miedo- dijo ella.

-¿Tiene miedo de morir?- dijo bromeando el señor Cosme.

-Preferiría ir con la TAO.

El señor Cosme fue al aeropuerto. Vio que también había vuelo en la TAO y sacó los billetes para esta última compañía. El avión tenía que transportar carne, pero se hizo un espacio y se dispusieron los asientos. El piloto tenía prisa y rogó que acudieran en seguida. El señor Cosme volvió corriendo al hospital. El médico ofreció su coche y arrancó inmediatamente con Sor María, Sor Blanca y Sor Imelda.

Un breve recorrido, el embarque y la salida inmediata del TAO.

Apenas habían pasado unos minutos cuando se oyó gritar: “¡Se ha caído el TAO, se ha perdido el TAO!”. La gente corría hacia una plantación de caña de azúcar.

El avión, deshecho, yacía inclinado. Se había desprendido un motor y el otro funcionaba aún haciendo un ruido infernal. Sor Imelda estaba de pie, entre los restos, como atontada. Sor Blanca, doblada bajo el peso del fuselaje aplastado, se quejaba. Tenía rota la columna vertebral.

¿Y la Madre María? Yacía sobre la hierba, boca abajo. El médico se acercó y le dio la vuelta. Estaba muerta.

El señor Cosme llegaba en aquel momento con el único medio disponible, el tractor. No podía creer que la madre de toda la misión y de la inmensa selva estuviera muerta... La subieron al tractor. A paso lento la condujeron a su hospital, la depositaron en la camilla, donde ella había visitado, auscultado y curado a tantos de sus hijos... Del oído derecho manaba sangre.

La *Radio Federación Sucúa*, después de las notas del Ave María, transmitió la noticia: “Hoy, 25 de agosto de 1969, a las quince horas, un avión que partía de Sucúa a Cuenca, se estrelló en un cañaveral a quinientos metros de la pista. Nuestra Madre, Sor María Troncatti, ha muerto en el acto”.

De todas las partes del Ecuador, innumerables hijos reservaban vuelos y acudían llorando a Sucúa, que se hallaba sumida en el dolor.

En el momento de su sepultura, un hermoso arco iris apareció en el cielo, a pesar de no haber llovido aquel día.

Por aquel puente, que unía el hemisferio terrestre con el celeste, la Madre buena iba hacia Dios, inmensamente amado. O venía -¡quién sabe!- a decir adiós.

“Ánimo, hijos, estoy aquí. Estoy cerca, muy cerca de vosotros...”